





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2009, Lucrecia Maldonado

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-352-0

Derechos de autor: 044325

Depósito legal: 005139

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2009

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2016

Décima cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: Roger Ycaza

Actividades: Cecilia Velasco

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# 99 maneras de controlar el llanto

Lucrecia Maldonado



loqueleto



*Para todos aquellos jóvenes y muchachas  
que, en momentos difíciles, aprenden a sostenerse  
y a sostener a los suyos sin perder la fantasía  
ni la frescura de su edad.*

## Índice



Capítulo I .....	11
Capítulo II .....	21
Capítulo III .....	27
Capítulo IV .....	37
Capítulo V .....	41
Capítulo VI .....	45
Capítulo VII .....	51
Capítulo VIII .....	55
Capítulo IX .....	59
Capítulo X .....	65
Capítulo XI .....	71
Capítulo XII .....	77
Capítulo XIII .....	83
Capítulo XIV .....	87
Capítulo XV .....	93
Cuaderno de análisis .....	99



*El bosque, oscuro.*

*La luna se ha escondido.*

*Camino por el valle de las sombras.*

*Sombras de monstruos que acechan entre los árboles.*

*Temo.*

*Una voz en el aire: «Vas a llorar».*

*Con eco.*

*Me despierto de un salto, sudando y con el corazón a toda.*

*Y la voz, todavía resonando en la penumbra de mi cuarto:*

*«Vas a llorar, vas a llorar... a llorar... llorar... ar...».*

Odio llorar.

Ya lo dice el Miguel: las lágrimas son asquerosas, siempre van acompañadas de mocos, de gestos torcidos, manchas rojas en la cara, y en la voz notas falsas que no dejan entender bien las importantísimas cosas que se suelen decir en esos momentos.

Y yo creo que así mismo es.

Además, en esta casa no es que se llore a tanques, como pasa en otras.

Porque yo conozco familias que lloran por todo, la verdad. Se van al cine y salen con nariz de payaso y sonándose al unísono. Y con esas caras semidestruidas se toman un helado y siguen andando por el centro comercial juntos y revueltos, con las narices y los ojos rojos por haber llorado toda la película hasta que se les pasa la señal y fresco.

Así mismo son.

12 Un día cumple noventa mil años el abuelito (ya es casi un mueble) y el tío mayor (camino de ser mueble) da un discurso que hace que de todos los bolsillos y carteras broten pañuelos de diversa manufactura, y la primera parte de esa fiesta de cumpleaños parece más el velorio del abuelito que la celebración de su cumple (él no llora porque a esa edad las glándulas lacrimales ya están hechas cacho, pero si algo le queda, una lágrima se le desliza lentamente por las incontables arrugas de los párpados inferiores, lo cual ocasiona que el resto de la familia se deshidrate del puro contagio). Pero después igual comen y bailan como si nunca hubieran llorado ni un poquito.

Hay otras familias en donde, en cambio, nadie llora nunca, por nada.

Y no es que no sientan. Tal vez sienten más que los de los ojos rojos que toman helado al salir del cine. Lo que pasa es que, por cosas de la vida, o se controlan más o el control ya se les ha hecho genético.

Y entonces ven películas tristísimas sin que se les haga siquiera un nudo en la garganta, y a veces hasta se ríen y comen canguil mientras el Titanic se hunde y Kate Winslet se desbarata porque Leonardo DiCaprio ya desapareció entre

las aguas heladas y mortales. Pero esa noche no duermen muy bien, nadie sabe por qué.

O bueno, sí se sabe.

Cualquier miembro de la familia fallece y vas al velorio y les ves ahí, con caras de *zombies*: pálidos... pálidos... pálidos... callados... serios. Parecen enojados. Pero salvo alguien que ha de ser adoptado, ni siquiera necesitan sonarse. Claro que a los quince días es casi seguro que suene el teléfono y alguien te cuente que ya hay un nuevo muerto en esa familia. De infarto.

Bueno, aquí he hablado de dos casos extremos. Mi familia no es ni lo uno ni lo otro. Es más, en esto del llanto cada miembro tiene su ritmo.

La que más llora, por ejemplo, es Rosita: con películas, en misa, a veces cuando cuenta algo triste que ha pasado en el hospital (también, ¡hacerse enfermera!), o cuando se emociona por gestos de cariño. En fin, es un poco exagerada, no hay que pensar que sufre de depresión.

La mami, madre al fin, también llora de vez en cuando. Más de las iras, creo, o a veces cuando se frustra por alguna de las incontables frustraciones de la vida.

El Santi, casi nunca. Alguna que otra vez, disimuladamente, con alguna peli. Pero entonces, si es en la tele, se levanta y se va a su cuarto. No le gusta mostrar que se ha emocionado.

Y el Miguel, nunca. Bueno, con una excepción: el entierro del tío Aurelio. Y qué llanto, para qué también: sacudones, sollozos, hipos, tormenta de lágrimas y al final, ojos hinchados hasta el otro día. Pero desde que cumplió catorce años, creo, no le he visto un solo llanto más aparte de ese, y ya fue hace varios años.

No sé si hablar aquí del papi. No vive con nosotros, entonces, aunque forme parte de la familia... En fin. ¿Llorar? Una vez que se peleó aquí con la mami y él le reclamó que supuestamente nos pone en contra suya. Se le quebró la voz y se quedó callado un rato, con las aletas de la nariz temblándole y la respiración súper agitada. Los ojos se le pusieron muy brillantes, pero más allá de eso, no vi nada. Después se sonó, y creo que se fue, o no sé.

¿Y yo?

14 No sé. A veces me da por llorar y ni siquiera sé bien por qué. Dicen que la adolescencia es la edad de los cambios hormonales, así como la menopausia, eso le oí a mi hermano Santi, aspirante a doctor. ¿Será? Pero sigo pensando que el Miguel tiene toda la razón cuando habla de que odia llorar.

*El hada habló.*

*Dijo que había muchas pruebas que pasar.*

*Dijo que yo era la escogida porque soy la única que tiene posibilidades de pasar las pruebas.*

*Y repitió: «Vas a llorar...».*

*Solo que esta vez ya no tuve tanto miedo.*

¿Existe eso que llaman poderes o dones extrasensoriales?

Por ejemplo, eso de sentir el «ambiente pesado», como dicen. Pero ¿qué es «ambiente pesado»? ¿Puede «pesar» el ambiente?

Releo lo que acabo de escribir y me da hasta chiste, parece un discurso de Cantinflas, diría mi papá, y el Santiago completaría:

—O del Miguel, cuando está con gadejo.

Pero sigo preguntándome si el tiempo no es esa sucesión de días y horas que van para adelante y nunca se dan ni un cuarto de vuelta para hacerse un guiño. Si alguna vez una no alcanza a ver o a oír, o a percibir, ya, para ser más claros, que en alguna parte se está agazapando (cómo me gusta esa palabra) algo así como una cosa terrible que va a suceder de un rato a otro, esa sensación de animal agazapado (oh) entre la maleza, que solo los indígenas más avezados y más en contacto con la vida silvestre pueden experimentar.

Una pobre, como no tiene esas dotes, ni se da cuenta, pero de repente el indígena que anda con vos guiándote por el monte te da un empujón, te tumba al suelo, juras que te va a hacer algo espantoso, pero medio segundo después (no has tenido tiempo ni siquiera de reponerte del susto) ves saltar por los aires al depredador, que, por supuesto, para que este sea un final *hollywoodesco*, falla, y entonces te pones a correr desenfrenada de la mano de ese casi desconocido mientras que el puma, jaguar o lo que sea, te persigue a toda por la selva que no conoces.

¿Lo soñé también?

No sé.

El caso es que hay momentos, en esta casa, en que se siente algo así como estar caminando por al lado del matorral y sentir que por ahí está la fiera agazapada, solamente esperando encontrarnos en guango para darnos el mordisco correspondiente a toditos.

Bueno, por otro lado, tendría que decir que no son percepciones en el aire.

Y es algo relacionado con el Miguel.

15



¿Por qué?

Porque no está saliendo tanto y porque además pasa encerrado en su cuarto veinte mil horas al día. No ha peleado estos días con nadie. En realidad, no habría motivo: no sale, no se chuma, no fuma de repente algo más que tabaco (en esta casa todos lo sabemos, pero preferimos hacernos de la vista gorda, mientras sea solo eso). Pero el caso es que está como... chuta, cómo se diría... como apagado, como triste, aunque ver triste al Miguel es bien difícil. Cero chistes. Bueno, no digamos cero. Pero el caso es que ahora, incluso cuando hace un chiste, se le nota raro, no sé qué, falta de energía. Fingido.

A mí, la verdad, me da miedo preguntarle.

Pero si solo fuera eso, bueno. La gente tiene etapas. Se puede comprender.

El caso es que de repente el otrito también se pone con cosas raras.

El otrito es el Santiago, mi cuerdo, sensato y perfecto hermano mayor. El primogénito. ¡Anda de un genio! Bueno, él siempre ha sido el serio de la familia; pero ahora está mucho más serio que de costumbre, y algo más, de lo que de repente se me hace raro hablar: ayer viernes, en el desayuno, tenía los párpados hinchados, como si se hubiera dormido llorando. Bueno, además estaba muy pálido, pero me llamaron la atención sus ojos. Y creo que no solo a mí. Ahora en cambio salió temprano con el Miguel, eso dijo la mami, y que no sabía a dónde.

Llegan.

El Miguel tiene cara de maltrecho. Físicamente maltrecho, digo: pálido, gesto como si algo le doliera, como si le

hubieran puesto mal una inyección. Al entrar saluda más o menos. La mami le pregunta si quiere desayunar. Él le acaricia la cara con suavidad, la mejilla, la mira con algo que podría ser nostalgia si lo sacáramos del contexto, y le dice:

—No me siento muy bien, ma. Me voy a dormir un rato porque tuve que madrugar demasiado para ser sábado.

Rarísimo.

Y más raro, detrás de él entra el Santi con gafas oscuras. Bueno, hacía sol, pero ya estaba dentro de la casa. Y más aún (manía que tiene una de ponerse a observar caras y gestos) cuando el Miguel tuvo esa actitud cariñosa con la mami, aunque el Santiago estaba en la cocina, detrás de todos, y con eso que la gente entendida en algo (no sé exactamente en qué) llama «bajo perfil» vi que las aletas de la nariz se le dilataron, igualito que las de la mami (y seguro también que las mías, y las del Miguel, y las de la Rosi) como cuando le vienen unas súbitas ganas de llorar. Y no solo eso: la nariz se le puso roja de golpe; entonces él hizo rápido como que le dio tos y salió de la cocina. El Miguel regresó a ver, pero luego besó a la mami y salió sin decir nada.

¿Se habrá peleado con alguna chica?

El Santiago, digo.

Y de seguro el Miguel salió con él para consolarle, porque aunque a veces parezca tan cínico es súper generoso cuando quiere.

Ahora, lo raro es que el Miguel también se haya quedado triste.

Chuchaqui no puede ser, anoche no salió... hace días que no sale, solo se va al trabajo y a la universidad.

Mientras subo las gradas para llamar a mis hermanos al almuerzo oigo que alguien se suena en el baño. Ese ruido de gripe. Se suena una, dos, tres veces... pausa... suspiro un poco entrecortado, y dale de nuevo: un resoplido largo, dos, tres, varios cortitos... Me detengo en las gradas. La puerta del baño se abre de golpe y sale el Santi. Entonces sí me asusto: ojos inyectados, bordeados de rojo, los párpados un poco más hinchados que ayer de mañana, y la nariz completamente colorada, con las aletas dilatadas y temblorosas.

Estoy a un tris de preguntarle qué le pasa. Pero algo me dice que mejor no, que espere, que algún rato...

Él solo me mira. Sonríe a medias, como si lo hubiera agarrado haciendo algo vergonzoso.

—Dice la mami que bajas a almorzar...

Me contesta con voz de catarro:

—Ya, ya voy. Gracias.

Y entra de nuevo al baño, seguramente para lavarse la cara y que no se le note tanto el ataque que su aspecto evidencia. Pero no baja en seguida. Se toma su tiempo. El Miguel viene antes, con la cara de alguien que se acaba de despertar, y un poco más pálido que eso.

Es la mami la que le pregunta:

—¿Sabes si le pasa algo a tu hermano?

Miguel levanta los ojos y se la queda mirando un rato, como sin comprender.

La mami aclara:

—Todo parece indicar que en estos dos días ha llorado por lo menos tres veces.

—Y a mares —comenta la Rosita.

Durante unos segundos, la cara del Miguel sigue impenetrable, enfocándose en la de la mami. Luego vuelve a comer y dice, sin grosería, pero sin amabilidad:

—Pregúntele a él...

No le preguntamos, claro. Bajó un rato después, cuando ya casi acabábamos la mitad del almuerzo. Pálido, con los ojos todavía bastante hinchados, aunque ya sin manchas rojas en la cara. Nadie dijo nada, pero se sintió como si algo se hubiera congelado en el aire. Y el resto del almuerzo transcurrió en silencio. Comió poco, sin enfocar la mirada en la cara de nadie, luego terminó, agradeció y se retiró antes que todos.

Desayuno de domingo.

Los ojos de Santiago son todo un poema. Su cara es un poema: piel pálida, tersa, porque es joven y guapo (aunque todo el mundo está de acuerdo en que el Miguel es más guapo); no se ha afeitado todavía y tiene una sombra azulada en las mejillas; ojeras oscuras bajo los párpados inferiores que se han convertido en un par de fundas gigantes; y los párpados superiores no se quedan atrás, solo que no parecen fundas sino esos enormes gusanos blancos que a veces una se encuentra en la hierba, larvas de escarabajo. Nadie le dice nada. Todas las mujeres de la familia lo miramos sorprendidas. El Miguel todavía no se ha levantado. Nosotras optamos por callar.

El Santi solo toma una taza de café en agua. No quiere comer nada. Tampoco anuncia salida ni ningún tipo de plan. Apenas termina el desayuno y sube a encerrarse en su cuarto sin hablar con nadie.

La mami mira a Rosita y le dice:

—¿No sabes nada?... ¿Alguna chica?

La Rosi se encoge un poco de hombros:

—No es alguien que se ponga así por una chica... pero algo me dice que es mejor no preguntar.

Y yo estoy de acuerdo.

## II



*Hada...*

*Hadita...*

*No me despiertes ahora.*

*¿Sabes lo que está pasando, acaso?*

*El gato gigante se agazapa en la maleza, y muy pronto saltará sobre todos.*

*No habrá héroe de Hollywood que nos rescate haciéndonos a un lado de un empujón tan brutal como certero.*

*Apenas una sencilla familia que de repente siente el frío de la noche y las noticias inevitables en el aire.*

*Hada... ¿estás ahí?*

*¿Qué tienes que decir?*

*Sí, sí, voy a llorar. Ya sé.*

*Porque el llanto ya empezó...*

Empieza un día miércoles cualquiera del mes de octubre en el planeta Tierra. Un día en donde la gente de este huso horario se levanta, se baña, se viste, se peina, desayuna, se cepilla los dientes y va al trabajo con toda normalidad.

Menos nosotros.

La familia Vera-Andrade no puede hacer esas cosas con toda naturalidad.

O sea, hasta ayer pudo.

Ahora no.

Cuesta abrir los ojos.

Cuesta desperezarse.

Lo que provoca es quedarse en la cama, hecha un ovillo, apretando los párpados con fuerza. Y sin pensar en nada.

¿Será que de repente nos puede dar amnesia?

22 Empieza un día que no debería haber empezado así.

Que quizá ni siquiera debería haber empezado.

El martes llegué a la casa después de haber salido a hacer un deber en la casa de Marta, mi compañera. Había un silencio muy raro por todas partes. Nadie oía música. No había ruido de tele. Silencio total. Subí las gradas despacio y oí una voz débil tras la puerta cerrada del cuarto de la mami. Sollozos. En seguida me acordé de los ojos hinchados del Santi. Me acerqué y di un toque en la puerta. Dos. Me abrió la Rosita. Estaba llorando: tenía los ojos muy enrojecidos, llenos de lágrimas, se apretaba la nariz con un trozo de papel higiénico y parecía estar muy mal por algo.

Nada más verla, se me hizo un nudo en la garganta. Tragué en seco y pregunté qué pasaba. Desde el fondo del cuarto, que estaba casi totalmente a oscuras, la voz griposa del Santiago dijo:

—Déjale nomás que entre, total...

Sentada en un costado de la cama estaba la mami, en medias, todavía con su ropa de trabajo y con la cara entre las manos, inmóvil. Una verdadera imagen de desesperación.

La Rosita sollozó unas tres veces seguidas, luego se sonó. El Santi también se sonó con fuerza.

Aún sin saber bien qué pasaba, los ojos se me llenaron de lágrimas y repetí mi pregunta.

La Rosi volvió a sollozar. El Santi habló con una voz rarísima:

—El Miguel está enfermo... muy enfermo...

Sentí que algo húmedo se me deslizaba por la mejilla. Me lo limpié con la mano y pregunté, casi con un grito, qué tenía.

—Leucemia —dijo el Santi.

Y los sollozos de la Rosita llenaron todo el silencio disponible.

*Un recuerdo, de repente: yo era niña, pequeña todavía.*

*Yo tendría cuatro años. El Miguel, que tiene cinco o seis años más que yo, tendría nueve o diez.*

*Me llevaba de la mano por la vereda y de repente yo me caí: me raspé una rodilla, me golpeé la cara. La nariz.*

*Él me ayudó a levantarme, me limpió la cara con su camiseta (lo recuerdo tanto).*

*Y después igual nos fuimos a la tienda y me compró un helado.*

*Y no se compró los cromos que habíamos ido a comprar con un poco de plata que le había pagado el tío Aurelio por ayudarme a lavar su carro.*

*Nebulosas del dolor instalado en mi cabeza y detrás de mis ojos.*

*No quiero despertar.*

23

*Las hadas ya no están.*

*Nadie está.*

Vino el papi porque le llamaron por teléfono de urgencia.

En una de esas, sin que nadie se diera cuenta, el Miguel simplemente desapareció del mapa. Nadie podía dar razón de dónde estaba, adónde había ido, qué había pasado.

El celular, apagado.

Y todos llorando a mares por todo.

24 Y muertos de miedo, además.

Ni comimos, ni tomamos café, ni nada.

A eso de las mil quinientas, el Miguel entró por la puerta principal, un poco serio y un poco tenso:

—¿Ya acabaron de llorarme o mejor me voy por ahí a dar otra vuelta?

«Llorarme». Eso dijo.

Indignación. ¿Cómo es posible que...? ¿Que qué?

Luego, esa fingida esperanza que no es más que una máscara para la desesperación: todo va a salir bien, hay que ponerle ñeque, ya verás, ya verás.

Y los ojos, hechos papas.

Y las narices, rojas como frutillas.

Y las ganas de llorar todo el tiempo ahí, apenas sofocadas, cada uno esperando ir a aplastar la cara contra la almohada y allí quedarse hasta deshidratarse, si fuera posible.

Y el Miguel, sentado en un sillón de la sala, serio y un poco molesto, solo mirándonos, como si no fuera con él.

Todo ese discurso de las cosas por ordenar: cuándo se interna, qué doctores, quién sabe qué, ir, hacer, pensar...

«Vas a llorar», dijo la voz en el sueño.

¿Se lo habrá dicho también al Santiago, que fue el que comenzó a llorar antes que todos?

Yo pensaba que, a veces, en los sueños asoman esas voces, esos seres, esas situaciones y que después una las mira y se da cuenta de que le querían decir algo, pero no estaba muy claro. Pensaba eso a veces, sin saber bien por qué.

Pero ahora.

«Vas a llorar», dijo la voz.

Y yo pensé en alguna cosa de mi papi... alguna cosa de la salud de la mami.

Pero nunca que el Miguel...

Voy a llorar.

O sea, ya empecé.

Y no sé cuándo vaya a terminar.

*El dormitorio está silencioso y la primera luz de la mañana se filtra despacio por un lado del visillo junto a la cama.*

*Las pequeñas partículas iluminadas danzan en el haz luminoso tal vez al compás del canto de los pájaros.*

*Suben y bajan en movimientos lentos y armoniosos.*

*Están danzando.*

*Son apenas el polvillo que a lo largo del día se deposita cautelosamente por encima de las mesas y los objetos.*

*Entre todas, una partícula más grande en el centro de otras.*

*¿Un hada?*

25